

ricos que pueden facilitar la comprensión de la temática implicada.

GREGORIO DELGADO

RENATO MORI, *Il tramonto del potere temporale, 1866-1870*, 1 vol. de 618 págs., n.º 15 de la Colec. "Politica e Storia. Raccolta di studi e testi a cura di Gabriele de Rosa", Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1967.

Renato Mori es conocido ya para nuestros lectores por sus trabajos en torno a la desaparición de los Estados Pontificios durante el papado de Pío IX. En el volumen V de "Ius Canonicum", págs. 554-555, el prof. Orlandis publicó una reseña del libro de Mori *La Questione Romana*, aparecido en 1963, y en el que el autor estudiaba el tema entre los años 1861 a 1865, un período "inquieto y decisivo —escribía Orlandis— que se abre con la declaración de Cavour ante el Parlamento proclamando que Roma y solamente Roma debía ser la capital de Italia, y que se cierra tras el proceso de las negociaciones celebradas entre la Santa Sede y la Misión Vegezzi que, por iniciativa de Pío IX, intentaron buscar una solución a los problemas".

Mori ha dedicado este nuevo volumen a continuar la historia —entre los años 1866 a 1870— ya por él iniciada para los años 1861-65. Así poseemos, de la pluma del mismo autor, el estudio completo el tiempo que media entre la declaración de Cavour, reivindicando la capitalidad romana para el reino de Italia, y la efectiva toma de Roma por las tropas del General Cardona el 20 de diciembre de 1870.

En este volumen que ahora presentamos, el lector encuentra a Italia, concluida la guerra con Austria, sacando lección de su escasa fortuna en el conflicto armado para volcarse a las tareas internas del naciente reino: consolidación de las

distintas partes que integran éste bajo la corona de Víctor Manuel II, reconstrucción interior y conclusión definitiva de la cuestión Romana mediante la incorporación de Roma y la consiguiente extinción del enclave territorial significado por los Estados Pontificios, que en 1866 aún constituían una pequeña zona de ciudades, en torno a la ciudad papal, hasta el puerto marítimo de Civitavecchia.

Al frente del gobierno que en 1866 acomete estas tareas se encuentra Ricasoli, cuya política eclesiástica es el objeto del primer capítulo de la obra de Mori. Ricasoli, que desde la declaración de Cavour había mantenido sobre las relaciones Iglesia-Estado opiniones cambiantes, pretende en 1866 un régimen de separación, con abandono por parte del Estado de muchos de sus tradicionales privilegios e interferencias en la vida de la Iglesia; un régimen que había significado en el terreno práctico innegables ventajas para la Iglesia, pero que se oponía en lo doctrinal a la decidida actitud de la Santa Sede en contra del principio de separación. Así, la política de Ricasoli estaba llamada a fracasar: no agradó al Papa, y atrajo contra el gabinete la enemistad de los grupos políticos de izquierda, enojados por las libertades que se pretendía reconocer a la Iglesia. La difícil situación internacional, con la Francia de Napoleón III en la contradictoria actitud de favorecer la unidad italiana y de impedir militarmente incluso la desaparición de los Estados Pontificios, actuó como concausa del definitivo fracaso de Ricasoli, sin que por otra parte la diplomacia francesa hubiese tampoco encontrado el apoyo de Prusia o Austria para su política en relación con la cuestión romana.

A Ricasoli le sucedió al año siguiente un gobierno presidido por Urbano Rattazzi. La política, más favorable a las izquierdas, del nuevo ministerio, dió lugar a través de diversas vicisitudes a un intento garibaldino para tomar por la

fuerza los Estados papales. Se había contado por el viejo luchador con una acogida entusiasta de los súbditos del Papa a las tropas "liberadoras", pero el ejército de voluntarios de Garibaldi encontró una población indiferente o inclinada al Papa y las tropas pontificias y francesas, que le infringieron en Mentana una grave derrota. El intento de Garibaldi endureció a los políticos franceses, que proclamaron el apoyo a ultranza del Imperio de Napoleón III a la Roma papal, en medio del aplauso de los católicos de Francia y la imposibilidad del resto de Europa. El fracaso de su política pro-izquierdista acabó igualmente con el ministerio Rattazzi, y llevó al poder al general Menabrea, de tendencia mucho más conservadora y político áulico, del que Víctor Emanuel esperaba que recuperase el prestigio de su monarquía, cada vez más minada por los partidos del régimen republicano.

El período de gobierno de Menabrea se caracteriza por el repetido propósito de ensayar una tercera solución a la cuestión romana: tras el intento de "separación Iglesia-Estado" de Ricasoli y el golpe de fuerza garibaldino bajo Rattazzi, Menabrea busca el "modus vivendi" entre Italia y la Santa Sede; al mismo tiempo, se procura también encontrar una confirmación europea de la nueva política, mediante una triple alianza franco-austro-italiana. Los acontecimientos europeos —la creciente enemistad de Prusia con Francia, que altera el equilibrio del acuerdo entre las potencias, y el deseo de Austria de sustraerse a todo conflicto al respecto— hicieron fracasar el proyecto de alianza; la tarea de los intermediarios entre el gobierno de Florencia y el Papa para buscar un "modus vivendi" no tuvo más éxito, pues Roma no cedía en cuanto a renunciar a la protección de las tropas francesas que Italia quería abandonasen los Estados Pontificios; el Concilio Vaticano I, convocado para el 8-XII-1869 año y medio antes, vino a complicar los muchos problemas ya exis-

tentes, pues despertó en las cortes europeas el recelo de que entrase en los proyectos de Pío IX el utilizarlo para endurecer la actitud de la Iglesia en defensa del poder temporal del Papa.

El fracaso de Menabrea en sus principales proyectos le obligó, como había sucedido a sus dos predecesores, a retirarse, y un nuevo giro hacia la izquierda moderada llevó al poder al ministerio Lanza. Hábilmente, el nuevo gobierno procuró no apoyar las manifestaciones anticlericales y anticonciliares que se produjeron entre 1869 y 1870, y adoptó ante la Cuestión Romana una política de inicial actitud de espera. Las circunstancias internacionales favorecieron entonces decididamente a Italia, y le permitieron consumir la unidad tanto tiempo ansiada. La guerra franco-prusiana, en efecto, obligó a Francia a retirar sus tropas de los Estados Pontificios, y privó a la política de Napoleón de todo apoyo y a Italia de todo temor y compromiso con Francia. La caída del Emperador francés a principio de septiembre de 1870 dejó al ministerio Lanza las manos libres; y si su ministro del Exterior, Visconti Venosta, venía desde tiempo atrás procurando promover en los Estados papales movimientos insurreccionales que justificasen la intervención "pacificadora" de las tropas italianas, ahora se prescindió incluso de ese pretexto y se dió orden al general Cardona de llevar a cabo la ocupación de Roma; la resistencia del ejército papal, incapacitado para evitar la pérdida de la ciudad, tuvo un valor de símbolo.

Renato Mori describe todos los hechos aquí resumidos con exacta aportación de datos y mediante un riguroso análisis crítico de hechos y personas. Su obra, acompañada de notas extensas y de un apéndice con 23 documentos inéditos, se lee con interés y con provecho por cuantos deseen conocer con profundidad la historia de la extinción del poder temporal de los Papas.

ALBERTO DE LA HERA